

Filología

Órgano de difusión estudiantil

N.º 5

May-Jun de 2018

Consejo de redacción

Arley David Palomino
María José Botero
Sebastián Agudelo
Mirey Córdoba Pérez

Dirección Editorial

Luis Fernando Quiroz Jiménez
José Sebastián Castro Toro

Diagramación y diseño

Juan David Gil Villa
Arley David Palomino

Equipo Editorial

Laura Correa Lopera
Juan David Gil Villa
Santiago Hernández Tabares
Mario Martínez Présiga

Índice

3 Editorial

Reflexión de un supuesto estudiante
de filología enfrentado a un cambio de pénsum

5

Federico Jiménez

6

Primer Encuentro Internacional del
Grupo de Estudios Sociolingüísticos

Laura Correa

Bloques de realismo folclórico

7

Jacobo Cobo

10

Un mar de sábanas

María José Botero Martínez

La rutina

11

Cindy Herrera

12

Divagaciones de un viajero solitario

Alejandro Vega Carvajal

Poema XIV

14

Yuliet Tirado

15

Lectura recomendada: "Relatividad"

Georg Simmel

Editorial

Salud a los verdaderos filólogos porque ellos difunden algo divino y llevan el sentido del arte al mundo de la erudición. Ningún filólogo puede ser solo un artesano.

Friedrich Schlegel

A lo largo de este primer volumen de Filología hemos pretendido contribuir a cuestionar los caminos tradicionales de la disciplina que nos nombra. Hemos pretendido derrumbarle los pesados ladrillos de anquilosamiento bajo los que yace sepultada, aun cuando el intento, quizás, desemboque en la comprobación varias veces contemplada sobre el absurdo de la filología frente a las ciencias sociales modernas. Pero el barato chauvinismo con el que se maquilla una y otra vez toda una serie de mitos nacionales fundados en contribuciones filológicas de cuño decimonónico, actualiza, necesariamente, la discusión. Y chauvinismo barato es el que ha puesto a flote las aguas del Cauca. Semejante podredumbre se ha mostrado con la más impertinente obstinación capaz de volver, una y otra vez, apenas con ligeros retoques, a lo largo de todo el siglo pasado, de la mano de nombres como los de lo Bernardo Toro Idarraga, Luis López de Mesa o Jaime Sanín Echeverri, nombres todos ligados a la historia de la Universidad de Antioquia. Nos

sorprende, a algunos, que tal podredumbre siga orientando la política nacional colombiana, y con uno de nuestros menos gratos egresados a la cabeza. ¿Acaso destrozarse el mito de la raza antioqueña es una de las más urgentes tareas de una filología contemporánea? No obstante, dilucidar dicha tarea nos ubica con mayor vigencia frente al problema de la filología y las ciencias sociales modernas.

Hay una relación privilegiada entre ellas a través del dueto de lingüística y estudios literarios. La supresión del Instituto de Filología de la Universidad de Antioquia a mediados del siglo XX dejó en orfandad prolongada a un departamento profesoral que, pese a las distintas reformas académicas y administrativas de la Universidad, vino a establecerse como unidad académica hace cosa de tres décadas: de su unión con el Departamento de Comunicación Social resultó la fundación de la Facultad de Comunicaciones. A la formulación del pregrado en Letras: Filología Hispánica precedieron las emble-

máticas revistas Lingüística y Literatura y Estudios de Literatura Colombiana, creada esta para acompañar institucionalmente la maestría en literatura colombiana, mientras el Departamento de Lingüística y Literatura, transformado en área, proseguía con la consolidación de tres posgrados más: maestría en lingüística y doctorados en lingüística y otro en literatura. El pregrado en Letras tuvo su cuna entre tales dos monumentos disciplinares. Hoy, la parte de Letras fue eliminada en la transformación curricular del pregrado; la Filología hispánica resultante, por su parte, se vio achatada en la reducción a ocho semestres. ¿Por qué en primer lugar fue propuesto un pregrado en filología y no, por ejemplo, en lingüística y literatura, como existe en la Universidad de Cartagena? La cuestión radica fundamentalmente en una idea, según el documento fundacional de pregrado: la historia de la cultura. Esta articulación de historia cultural, lingüística y estudios literarios fue la respuesta de los profesores fundadores a la pregunta por la filología entre las ciencias sociales modernas. Para conseguir la reducción semestral en la nueva versión, la de menos velas en el entierro fue la historia cultural. El pregrado semeja ahora, con mayor determinación, una presentación curiosa de pregrado en lingüística y literatura. ¿Qué posibilidad mantiene la filología sin historicidad en la cual insertar los fenómenos del lenguaje? En la Biblioteca, el polvo cubre cada vez más el busto de Andrés Bello mientras el de Luis López de Mesa sigue intacto, frenando los soplos de viento de la modernidad.

Al respecto de las implicaciones de dicha transformación curricular para los estudiantes, Federico

Jiménez supone cómo sería cumplir perfectamente con el contenido del currículo del pregrado, tendiendo puentes con Letras y la versión actual. Jacobo Cobo, respondiendo a un reto de nuestro Equipo Editorial, describe la barahúnda que asola todos los escenarios de la vida colombiana y cuya condena parece compartir la Universidad, en medio de los aniversarios sonoros de algunos proyectos universitarios. Alejandro Vega registra las divagaciones de un solitario viaje en motocicleta, de María José Botero publicamos un cuento corto, y, desde Cartagena, Cindy Herrera nos ofrece uno sobre la circularidad de la rutina. Yuliet Tirado, por su parte, nos ofrece un poema que hace eco de la violencia. Laura Correa, finalmente, nos informa sobre la reciente jornada académica que adelantó el Grupo de Estudios Sociolingüísticos (GES) en la Facultad. Sobre la vida política nacional, como lectura recomendada, publicamos un texto de Georg Simmel en torno a la relatividad de la inteligencia y los partidos que se oponen a la educación popular.

Por último, presentamos a nuestro público lector nuestra página *filologia.ga*, diseñada con el apoyo del equipo de *Tupale.co*. En esta página el lector podrá encontrar el contenido del presente número en un formato pensado para su difusión digital por la web, además de todos los números anteriores en versión .pdf. A lo largo de las semanas siguientes subiremos bajo el mismo formato los artículos pasados, para la lectura vacacional. Filología volverá el próximo semestre, en agosto, luego de las obligadas vacaciones académicas. Gracias a todos por acompañarnos y ante el abatimiento electoral... hay que seguir pugnando.

[LQ, adenda del 7 de mayo de 2020: A dos años de la publicación original de este número, tras una segunda migración de plataforma web, un cambio de subtítulo y varios más en toda la conformación del equipo, hemos recuperado lo fundamental para la elaboración de este archivo .pdf, con el cual conservar algo más de Filología. Esperamos hacer lo mismo, por lo menos, con los demás números que fueron publicados en la primera plataforma web, la misma anunciada en este editorial. Arley Palomino se encarga de esta diagramación ulterior.]

Vida del pregrado

Reflexión de un supuesto estudiante de filología enfrentado a un cambio de pénsum

Federico Jiménez

Supongamos que soy un aspirante a estudiar filología y sé que la única opción a este pregrado en Antioquia es precisamente la universidad homónima. Busco en los pregrados y no encuentro el pénsum, no está en ciencias sociales y humanas (aunque haya pensado que el componente humanístico hace a la filología) y creyendo que podría ser escritor, no lo encuentro tampoco en bellas artes. Está —tal vez por el momento— “sin definir”. Por fin encuentro el pénsum.

Cinco semestres de formación bastante bien organizados. Hasta los estudios literarios parecen estudios históricos y voy de la literatura griega (first starts with the greeks) hasta el Siglo de Oro español; de las culturas antiguas hasta Colombia y, si no se estudia la historia de España directamente, Historia de la lengua deja las bases que al filólogo le son pertinentes. Hay tres materias que en la formación bailan fuera de la pista como ellas quieren. Si no hay Semiótica (en el ciclo de formación) es porque hay Semántica, si no hay Filosofía del lenguaje es porque hay Estadística y Lingüística computacional, si no hay Introducción a los estudios filológicos es porque hay Introducción a la lingüística, si no hay Filosofía, es porque el filólogo o es lingüista o es literato, pero nunca un lingüista enamorado del misterio del lenguaje.

Para este momento, yo, el aspirante de filología, habré visto en cada semestre cinco materias y en el quinto semestre de este ciclo de formación me habré formado como ciudadano con una sexta materia. Pero también habré visto cinco niveles de inglés: seis materias por semestre; y, finalmente, a partir del segundo semestre, muy juiciosamente (rayando con la precocidad), estaré aprendiendo el alemán de Gutiérrez Girardot para entrar en un grupo de investigación, para un total de siete asignaturas a partir del segundo semestre y, como son ocho en el quinto, digamos que para un total de siete asignaturas por nivel.

Restan ahora tres semestres de profesionalización, pero al frente se ven dos, pues el tercero parece demasiado lejano. Las prácticas, el cambio curricular más significativo junto con la reducción de diez semestres a ocho, solo se pueden realizar en el muy lejano octavo y último semestre. En el sexto nivel veo seis materias y ya comienzo a pensar en la tesis; necesito terminar el último nivel de Multilingüa. Lo hago —como estudiante sobresaliente que soy— y así termina el semestre y me doy cuenta que ya estoy en la tesis, lejos, muy lejos, del ciclo de formación.

Durante ese ciclo de formación he aprendido que la filología es sinónimo de rigor. Toda esta forma-

ción investigativa, con uno que otro Seminario de gestión cultural, se resume en una materia que tiene el doble de créditos que las demás: trabajo de grado... Es decir que no son cinco materias en el séptimo nivel, sino seis, que es a lo que estamos acostumbrados. El trabajo de grado se debe de acompañar, entonces, de otras cuatro materias, pero este trabajo de grado debe satisfacer el nivel que un pregrado como filología exige en la investigación. En el séptimo semestre, el nuevo estudiante de filología será equivalente al viejo estudiante de filología en el décimo semestre. Quiero decir: habrá entregado un trabajo de grado del nivel apropiado a la filología, o, lo que es lo mismo, el nuevo estudiante es igual al viejo filólogo, pero más ansioso.

Pero hay más, será incluso mejor, pues restan para el octavo y último semestre cinco materias y una que vale por dos, es decir, las mismas seis materias de costumbre. Ese lejano semestre de las prácticas se materializa. Las prácticas no se podían realizar sino ahora, pues el estudiante de filología quizá enamorándose del trabajo nunca se graduaría.

Imaginemos ahora que me he graduado. Por mí ha pasado una reforma curricular bastante impor-

tante, el filólogo de antes ya no se parece al nuevo filólogo: de cinco años pasamos a cuatro años. Si se cambió el currículo algo más tuvo que cambiar junto con él. Puesto que se combinan la investigación y la práctica —y esto disminuyendo el tiempo de estudio o, mejor, lo cualitativo es indiferente de lo cuantitativo—, pero se sigue persiguiendo el fin de hacer buenos filólogos, esto puede significar: o que los nuevos estudiantes vienen mejor capacitados, o ahora se capacita mejor y por ello el nuevo estudiante de filología necesita menos tiempo; o, por el contrario, el filólogo de antaño hacía mejores tesis, o, acaso, el viejo filólogo era demasiado investigativo y necesitaba mucho más tiempo que el que ahora se necesita. Tal vez todo este camino significó que apenas unos cuantos profesores y unos cuantos estudiantes eran los que hacían la diferencia. El nuevo filólogo aprende que la formación es esencialmente autodidacta. Supone el nuevo estudiante de filología, entonces, que las garantías para graduarse en ocho semestres están ahí, garantías de calidad y factibilidad. Supongamos que las garantías están —naturalmente— implícitas.

Primer Encuentro Internacional del Grupo de Estudios Sociolingüísticos

Laura Correa
correalaura62@gmail.com

El pasado viernes 11 de mayo se llevó a cabo el Primer Encuentro Internacional del Grupo de Estudios Sociolingüísticos, evento que comenzó a gestarse a finales de 2017 bajo el deseo de reunir a todos los miembros del grupo en un espacio de socialización, donde participaran tanto los que adelantan sus trabajos dentro de la Universidad de Antioquia como los miembros que, desde otras ciudades, suman sus propuestas a las del GES. De

manera que se dio vida a una idea que, además de reunir a gran parte del grupo, sirvió para socializar las investigaciones con personas externas a este, especialmente con la comunidad del pregrado, pero también con la de otras dependencias, como la Facultad de Educación.

El encuentro, organizado desde la coordinación del GES y apoyado por estudiantes miembros del mismo, se extendió durante todo el día. A lo largo de

la jornada se presentaron 14 intervenciones, entre resultados de proyectos terminados, avances de investigación y propuestas de proyectos; las cuales dieron cuenta de las principales líneas investigativas y misionales del grupo.

Docentes, estudiantes de la Maestría y del Doctorado en Lingüística y estudiantes del pregrado en Letras: Filología Hispánica presentaron sus investigaciones en las áreas de Lingüística Descriptiva, Sociolingüística, Etnolingüística, Lingüística Aplicada, Sociopragmática y Lingüística Histórica. Dentro de esta última línea se resalta la presencia del profesor José Luis Ramírez Luengo, doctor en Filología Hispánica que ha dedicado gran parte de su labor investigativa a la reconstrucción de la historia del español de España y, especialmente, de América. Sus trabajos y sus exposiciones muestran una

profunda sensibilidad por la historia del continente americano, y no dejan de enseñar los distintos modos en que la Filología puede beber de los estudios lingüísticos y enriquecerse enormemente de ellos, como se vio en la presentación que el prof. Ramírez hizo respecto de su trabajo con documentación de archivo de la Guatemala del siglo XVIII.

Aunque el volumen del público fluctuó constantemente durante la jornada, puede decirse que la asistencia fue satisfactoria, sobre todo si tenemos en cuenta la escasa participación que suele verse en este tipo de eventos. Sin embargo, hubiera sido deseable una mayor participación de los estudiantes del pregrado, pues ello habría permitido una mayor retroalimentación y tal vez una reflexión más profunda acerca del quehacer del GES y, en general, de los grupos de investigación de la Facultad.

Miscelánea

Bloques de realismo folclórico

Jacobo Cobo

*Se pasaban las horas evocando personajes
y situaciones increíbles*

Uslar Pietri

Acepté un desafío. Consistía en escribir una opinión sobre una universidad supersónica. Estas líneas versan, por lo tanto, sobre lo sonoro. Del disparate de aceptar, picado, la provocación, no pudo surgir otra cosa que esta sucesión de desarticulados bloques de texto.

I

En un taller de lutería instalado en lo que antaño había sido un enorme teatro, en medio de un arrume infinito de instrumentos musicales que alcanzaba la extensión de un estadio de fútbol, ocurría la siguiente conversación:

- Vengo a reclamar un piano.
- Muestre el recibo.
- No lo tengo a la mano.
- ¿Cómo es el piano?
- Es colosal y desafinado.

II

Figúrese el lector la siguiente escena, de sabroso y carnavalesco delirio:

aquello no parecía entonces una casa presidencial, sino un mercado donde había que abrirse paso por entre ordenanzas descalzos que descargaban burros de hortalizas y huacales de gallinas en los corredores, saltando por encima de comadres con ahijados famélicos que dormían apelotonadas en las escaleras para esperar el milagro de la caridad oficial, había que eludir las corrientes de agua sucia de las concubinas deslenguadas que cambiaban por flores nuevas las flores nocturnas de los floreros y trapeaban los pisos y cantaban canciones de amores ilusorios al compás de las ramas secas con que venteaban las alfombras en los balcones, y todo aquello entre el escándalo de los funcionarios vitalicios que encontraban gallinas poniendo en las gavetas de los escritorios, y tráfico de putas y soldados en los retretes, y alborotos de pájaros, y peleas de perros callejeros en medio de las audiencias, porque nadie sabía quién era quién ni de parte de quién en aquel palacio de puertas abiertas dentro de cuyo desorden descomunal era imposible establecer dónde estaba el gobierno.

Sabemos que había un patriarca, pero debemos olvidarlo momentáneamente (igual, estaba moribundo) y pensar que, por cosas del destino, lo mismo pudo ser un patriarca querido y bonachón que un sátrapa. ¿En una casa presidencial?, ¿en un palacio? Lo que importa, más allá de los casos, es la noción de espacio hierático. Ahora suponga, lector estimado, que el escenario en el que se llevan a cabo los hechos que acaba de leer es Colombia.

III

A partir de la figuración y de la suposición, le invito a que me acompañe en la construcción de este equívoco. ¿Cómo es esa *Colombia-casa presidencial*? Es un Estado que parece tener dos velocidades: muy lenta una, vertiginosa la otra. La muy lenta se manifiesta en la incapacidad legendaria para alcanzar la modernidad. Colombia ha parecido, desde siempre, la combinación de las conclusiones posibles de una novela escrita durante la Regeneración (mediante inverosímil contrato entre Carpentier y Caro o, como quien dice, entre Dios y el diablo). La velocidad vertiginosa, en contraste, síntoma burlesco de la otra, es palpable en un desmadre permanente en todos los ámbitos de la vida de los colombianos.

Es en la calle y, en general, en el ámbito público, donde más ostensible se hace el despelote. No es una cuestión meramente metafórica para hablar en sentido figurado del manejo de la cosa pública, sino que es *también*, su fachada y su interior, su materialización cotidiana: oficinas cerradas o que no funcionan, filas interminables, voceadores y tramitadores que acosan a los ciudadanos, escribanías de andén, burócratas desdeñosos e ineptos detrás de los escritorios... Esta es la cara que el Estado le ofrece al ciudadano: una con una mueca obtusa y ridícula.

Pero, además, en la calle, ese *ciudadano en proyecto* que es el colombiano se ve confrontado con sus pares, los otros ciudadanos en proyecto. ¿Cómo es eso? Es una historia similar. La historia de un abandono, de un espacio que es tierra de todos y de nadie. Voceadores, vendedores, mendigos, avispados, vivos y ganapanes se toman el espacio público. Eso es en la acera. En el asfalto, ese, el que se usa para ir en carro —ya que no se puede caminar—, hay una arrogancia y una agresividad multiplicadas. Los motociclistas son un recordatorio de que no hay autoridad ni Estado, pues zumban sus fastidiosos aparatos rápidamente y muy de cerca, en pose desafiante. Los que van en carro no son mejores, pues usan a los primeros para justificar su indo-

lencia y su arribismo. En una ciudad como Medellín la cosa se lleva a otro nivel con la parlantería y los altavoces por todas partes. Se anuncian frutas, helados, detergentes o planes de televisión e internet en carros con megáfonos. Las bocinas de buses y camiones agregan sus notas para enriquecer la disonante obertura permanente.

IV

Ahora *metámonos*, lector amigo, en una porción de esa *Colombia-casa presidencial*. Se trata de la universidad-casa presidencial. Como lo que le estoy proponiendo es la construcción de un equívoco, quiero decirle un despropósito: La Universidad se parece al Estado. Se le parece en el sentido de que reproduce jerarquías, clientelas y otros vicios. De ahí que se escuche en las conversaciones con tinto en sus pasillos, cómo tal o cual fulano permanece en su cargo porque es ficha de tal o de pascual; cómo el Consejo está controlado por gente que no es de la academia; cómo hay instituciones dentro de ella que han sido controladas durante centurias por personajes añejos y matusaleños y, por supuesto, si la Universidad reproduce esa misma estructura estatal, cómo eso se tiene que reflejar necesariamente en lo exterior y en lo más visible.

¿Y qué? Pues nada. Parlantes, conciertos, chirimías, fiestas de integración, clases de baile, rumbas de pasillo, tambores, pitos, papas, tarimas, animadores con micrófono, tertulias encañonadas en pasillos que actúan como caja de resonancia. ¿Estudiar? No. No es de eso de lo que se trata. O bueno, sí. ¡Pero con alegría, sin acartonamiento! ¡Con felicidad y actitud positiva! ¡Estudiar, como se pueda, en medio del fragor! Lo demás es godarria y ataque al librepensamiento y a la diversidad. La Universidad tiene que ser un baffle enorme que amplifica el jolgorio en un lugar que no fue hecho para estudiar. ¿Estudiar? Eso era lo que decía el mito popular. Y en eso consistía su gran atractivo. Pero era, al fin y al cabo, un mito.

Una de las cosas en las que la Universidad más se parece al resto del país es el despelote. Despelote, desmadre, desorden, ruido, confusión, caos, bulla, algarabía, alboroto, barahúnda, batahola,

tumulto, estrépito. La Universidad genera la impresión de una plaza de mercado en perpetuo domingo, de un estadio de fútbol en medio de una final penderciera, de un parque de barrio alquilado por lavaperros para fiesta electrónica de burdel. Uno, que vive en el *barrio*, es decir, en un barrio popular, puede entender la vida en medio del barullo y del bochinche (aunque, tal vez, por obligación). Y entonces no puede evitar preguntarse: ¿tiene que ser igual en la Universidad? La respuesta, tal vez lógica, podría ser “no”. No, la Universidad no tiene porqué ser igual a lo que existe fuera de ella. Tristemente, es una respuesta hipotética y gaseosa a una cuestión que hoy pocos parecen plantearse. A la misma pregunta, responde presto el cínico, con la columna de parlantes y megáfonos: “¡Sí!, ¡sí, hijueputa! ¡Así es la Universidad! ¿Y qué?”.

V

Decía un alemán ilustre que “con truenos y con celestes fuegos artificiales” había que hablarle “a los sentidos flojos y dormidos”. ¿Qué quiso decir ese incomprendido? ¿Eran esos truenos palabras francas y luminosas que buscaban despejar la nube del desconocimiento? ¿Eran esos truenos palabras duras y directas que buscarían develar engaños? ¿O acaso quiso decir en nihilístico decreto: “¡Vuélvanse sordos todos! ¡Eviten el escucharse! ¡Aturdan el entendimiento!”? A lo mejor fue eso.

—¿Y entonces...? —dice el parlante con cínico desgano, torcida la jeta y encogidos los hombros.

¡Qué vivan los truenos y las centellas en los bloques de la Universidad! ¡Somos unos pocos los de *malas* que necesitamos del silencio para lograr la concentración necesaria! ¡La Universidad es un espacio ordinario! ¡No hay nada hierático en ella! ¡No se merece un trato distinto! ¡Qué importa si no se siente ninguna diferencia entre ella y el resto de lo que hay! ¡Sigamos como los caracoles, con nuestra casa a cuestas! ¡Literalmente! ¡Sigamos reconstruyendo en todas partes ese folclórico exotismo que nos hace tan propios! ¡Lo único que le falta a la Universidad son los tendedores con los calzones secándose al sol!

Sobre Jacobo Cobo

Nació en Sursuncordia en el mismo año en que el generalísimo Laureano Gómez nos liberó de la amenaza roja-gaitanista-comunista-soviética-precastrochavista. Diletante de vacaciones. -Muy bien- dijo el autor.

Escritura creativa

Un mar de sábanas

María José Botero Martínez
majo.botero.m.123@gmail.com

Cristina despertó envuelta en unas sábanas blancas. Desorientada, hacía que sus largas pestañas aletearan como hermosas mariposas sobre sus pronunciados pómulos. Su conciencia surgía como pequeñas burbujas que cuando llegan a la superficie explotan, y sintió ajenas esas sábanas que rodeaban su cuerpo desnudo, sintió ajena esa habitación con vista al mar, toda diseñada por terceros, nada propio, todo impersonal. Recordó entonces a Marcelo, a quien había entregado su cuerpo —y al parecer también su alma— víctima de una sed de poder. Por más que se sintiera sucia, e incluso ajena a ella misma, por más que se sentía flotar como si fuera un espectador en su propia vida, ella no se arrepentía de nada, sólo lo meditaba y reflexionaba ocasionalmente como hacía en este momento mientras observaba el cielo raso y contaba como por inercia las

manchas que algo —o alguien— había producido mucho tiempo antes de que ella fuera lo que es hoy, mucho antes de que ella decidiera entregarse a alguien que sólo llena sus bolsillos. Se sentó en el borde de la cama e hizo un ademán para recoger la sábana y esconder, aunque fuera un poco, su desnudez, pero ¿qué más daba ya? Apoyó las manos a los costados medio agarrándose a la cama, como si ese blando colchón soportara el peso de todo lo que sentía encima —o dentro— y siguió pensando, decidida desde hacía años, que el amor era solo una invención de la gente ingenua para hacer de su pobre existencia algo menos tortuoso, algo un poco más soportable. Lo más parecido a las mariposas en el estómago que Cristina recordaba haber sentido, era una ocasión en que comió sushi en un restaurante carísimo y, en apariencia, salubre. Estuvo en el

baño tres horas esa misma noche y bajó 4 kilos en esa semana. A la semana siguiente ya parecía un fantasma, tanto que ni los guardaespaldas la miraban con deseo —o morbo, mejor dicho— como era usual. Lo más parecido a una caricia paternal que recordaba de niña, era cuando después de desahogarse por su mal día de trabajo su madre le pedía perdón y le sobaba las quemaduras de la correa bajo el chorro de agua helada. Tiempo después, cuando Cristina ya había cumplido 12 años, su madre le dijo que ya era hora de que empezara a producir ella también, esa fue la primera y última vez que su madre la abrazó mientras dormía, tratando de calmar los sollozos y espasmos de la hija a la que

había vendido a un tipo que quería agregar a su lista de cama a una virgen. Sacudió la cabeza como si de esa forma pudiera borrarse la memoria, se puso la mejor sonrisa que pudo y caminó por esa habitación de hotel hacia el balcón, y, así, desnuda, sin ningún tipo de vergüenza, se asomó a contemplar el hermoso mar y el sol naciente. Se dijo a sí misma que iría a surfear después de comprar algo lindo para la cena de esta noche. Marcelo le había dicho que debía ser la señora más bonita de toda la gala. De esta manera, así lo entendía ella, el resto de los hombres se interesarían por sus ideas, siguiendo algún instinto primitivo. No cualquiera tiene al lado a una mujer como Cristina.

La rutina

Cindy Herrera

cherrerae@unicartagena.edu.co

Se había vuelto una obsesión mirarlo. Lo veía caminar de esquina a esquina paseándose por toda la acera. Lo repetía una y otra vez, desde las nueve hasta las doce de la noche. Durante esas tres horas se la pasaba sonámbulo y perdido; observándolo desde el balcón. Él se detenía a las once treinta a mirar fijamente el mostrador de una tienda de telas. Luego, pasados quince minutos, volteaba su mirada hacia mí, sonreía y caminaba hacia la esquina, donde lo recogía una camioneta negra. El tiempo parecía circular. Bajé del balcón y crucé la

calle; me dirigía hacia la acera de enfrente. Eran las nueve. Luego de verlo irse, yo caminé la acera de esquina a esquina cinco veces, me detuve en la vitrina de la tienda tratando de adivinar qué era lo que veía con tanta contemplación cada noche. No había nada extraño, solo telas y mi reflejo, y el reflejo de alguien más detrás. Eran las once treinta. Miré hacia arriba y había un muchacho mirándome con extrañeza, solo le sonreí y caminé hasta la esquina donde me esperaba una camioneta negra.

Sobre Cindy Herrera

Cartagena (1993). Productora de Medios Audiovisuales de la Universidad de Bellas Artes y Ciencias y profesional en Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena. Miembro del taller de escritura: “Cuento y Crónica”. Entre sus publicaciones se encuentran la reseña para la Biblioteca de literatura afro del Ministerio de Cultura, “Jorge Artel: El grito humano de los tambores”, el cuento “Adela” (2015) de la Antología Gestación, y el cuento “El último café” (2017), de la antología nacional RELATA del Ministerio de Cultura.



Divagaciones de un viajero solitario

Alejandro Vega Carvajal
alejovega123@hotmail.com

9 de abril de 2017

A mis ojos llega un significado de horizonte imposible en mi valle de Aburrá, en las cordilleras antioqueñas y en las curvas que rodean las montañas. Mi vista no encuentra el final de la recta, un viernes a las 8 de la mañana después de pasar por San Alberto y adentrarme por la Ruta del Sol, encima de mi Carcaza, en el departamento del Cesar. Mi objetivo: llegar a Valledupar. Por momentos bajo la mirada y releo en el velocímetro esos 100 Km/h que se han vuelto relativos y eternos. Contengo el deseo de subir el tacómetro a las 10000 RPM y convertir el viaje en un instante efímero y poético, en un ronco crepitar de pistones, engranajes, tornillos y pedazos de plástico; en una explosión de motor y una estela de humo que concluya en una moto varada por avería mecánica en medio de una Ruta del Sol rápida y eterna, y en un viajero solitario intentando reparar el exhosto con un trozo de cable, o verificando si por fin el carburador se obstruyó y necesita una reparación. Después de poner en práctica sus conocimientos mecánicos y no obtener resultados favorables, el viajero solitario empuja su motocicleta por varios kilómetros con la esperanza de encontrar algún taller, algún conductor de camión u otra persona en la carretera que puedan brindarle un empujón o algún tipo de ayuda y que a partir de ese encuentro fortuito se inicie una aventura digna de narrar luego. Por ejemplo, escribirla en un cuento o cuando esté viejo narrarla a los nietos. Sin embargo los 37 grados Celsius de temperatura, el motor generando un movimiento rústico con ondas inesperadas de calor y sonidos extravagantes y la terrible ausencia de árboles que le hagan compañía al asfalto negro

de la carretera, me hicieron dudar de mi arrebato poético y fantasía aventurera. Elegir el camino del poeta es una decisión trágica en la que la poesía toma la forma de la vida en la que se ha hecho palabra. Mantengo la Carcaza a 8000 RPM y los 100 Km/h siguen rectos y pegajosos. A mi espalda y a mis costados también se extiende un valle infinito que corto con las montañas lejanas y con los límites de mis pensamientos. Soy un punto efímero en medio de este valle eterno. Una sutileza en esta totalidad. El sol se ha levantado a mi derecha poderoso y sin obstrucciones. Se me ocurre pensar que hacer un viaje desde Envigado hasta Dibulla en solitario y en motocicleta es una idea poco astuta, menos si el día del bautizo la moto recibió el nombre en honor a su singular sonido y a su situación mecánica.

Mi boca se ha secado: debería detenerme unos minutos, hidratarme y estirar las piernas. Entonces me surge la idea brillante de escribir un libro de autoayuda innovador. Será un libro que muchos me ayudaron a escribir y que quiere ayudar a otros: voy a declarar que la mejor forma de enfrentar los miedos y triunfar y ser exitoso en la vida es invitándolos a tinto o a cono, hacerse bien amigo de ellos, flirtearles como quien quiere y no quiere, robarles besos al atardecer, dormir con ellos y al amanecer decirles que como están de bonitos, así tengan el cabello como un temblor incontrolable de hormonas y manos y boca les huelan a sudor de axila asustada y piel de gallina. Por algo será que esa antigua frase tiene tanta sabiduría: para vencer los miedos primero hay que perder la virginidad. Y para que

sea un *best seller* rotundo, cada capítulo será una conquista específica y llevará por título el nombre de una mujer. También puede ser el de un hombre, y yo me hago pasar por mujer que cuando se quita el casco asoma una cabellera endemoniadamente radiante y un rostro de peligro angelical, y que además bajo la chaqueta tenga unos senos altivos e indoblegables. Pero también podría hacerme pasar por mí y que me gusten los hombres, o disfrazarme de otra y que me gusten las... Creo que me estoy yendo por las ramas. El punto es que con Coelho podríamos distribuirnos las ganancias de ese mercado editorial.

No hace falta una avería mecánica para que este viaje se convierta en una experiencia digna de contar. No es necesario narrar nada. Los 100 km/h a 8000 RPM eternos y relativos son también un poema prosaico del enorme paisaje que me absorbe y que intento rebasar montado en mi Carcaza. Una narración a toda HP, a toda velocidad, surge de la necesidad del narrador de desalojar con prontitud a los demonios que obstaculizan el flujo de las palabras. HP son los animales con los que se mide la

potencia del motor. Lo que no es una divagación es que debí empacar unos audífonos para entretener los fragmentos eternos y monótonos de la Ruta del Sol. Así hubiera reemplazado todos los anteriores renglones por las líricas de Nina Simone, Carlos Vives, la *Carmina Burana*, el audiolibro de *The Black Cat* y en definitiva no hubiera escrito nada.

Para llegar a Valledupar no tomé la tradicional vía por Bosconia. En la partición de San Roque viré hacia la derecha, luego avancé más de 15 kilómetros por una carretera en construcción colmada de polvo, arenilla y huecos constantes en los que me vi obligado a disminuir la velocidad. Entre otro motociclista viajero y yo nos brindamos apoyo moral durante este trayecto complicado, conversábamos por lenguaje de señas con las manos, con los pies y hasta con la cabeza: que bien bien, que bacano, que cuidado con ese hueco y hágale pues. Luego en Becerril, nos detuvimos, tomamos una media mañana y entre tema y tema llegamos a la conclusión de que como es de bueno conversar con alguien.

Sobre Alejandro Vega

El nombre es Alejandro. Se escribe con “A” de alejarnos juntos y disfrutar a profundidad nuestras soledades. Con “J” de jadeo producto de largas exploraciones, distancias y asombros. Y se termina de escribir con “Andrós” de androide, autómatas y sistemáticos al mismo tiempo que de ser silencio y sonrisa profunda. Alejandro suena como una androginia al revés, como una contradicción al contrario y como una integración de lo armónico.

Es un gusto que me conozcas y espero que lo disfrutes.



Poema XIV

Rasgó tus alas
quebrantó tus huesos
impregnó tu sangre de hostilidad.
Escupió tu rostro
y se rió a carcajadas
dejando a su paso solo oscuridad.
Te perdiste en el tiempo
abandonaste hasta tu sombra
te viste allí vacía, sin sitio, sin hogar.
Te helaste en la miseria,
perdida, sin consuelo,
tu alma así cercada sin algo que esperar.
Borraron tus recuerdos
descendieron por el pozo
golpearon contra el suelo, rompieron el cristal.
Recogiste tus pedazos;
eran solo sueños rotos
sola y angustiada te escondiste en el umbral.
Allí permaneciste
hundida en la penumbra,
pronto un ángel negro de aquí te llevará.

Yuliet Tirado
andre_1683@yahoo.com.co

Lectura recomendada:
“Relatividad”^[1]
 Georg Simmel

Escuché de una conversación:

—El hombre más feliz no es más que un tonto que se tiene por inteligente, solo que no debe perder esta creencia gracias a la fortuna o a pesar del infortunio de su destino. De esta manera él y solo él, además de toda la felicidad de la inteligencia, tiene la de la estupidez.

—Eso es cierto —dijo el otro—. El que solo es inteligente no lo es por mucho tiempo.

El primero hizo un gesto enojado, porque se preguntaba cuán inteligente se creía el otro para desacreditar la inteligencia de la forma en que lo estaba haciendo.

—¿Sabes? —dijo—. Una vez escuché una bonita historia de alguien que se entregó al diablo para que lo convirtiese en la persona más inteligente del mundo. Pero el diablo conocía su negocio. Cuando el ambicioso se despertó a la mañana siguiente, la casa entera, de la que la inteligente servidumbre solía ocuparse con apacible naturalidad, se puso en el acto patas arriba. Su hijo vino llorando del colegio, no había entendido nada y se había equivocado en todo, por lo cual el profesor lo había regañado mucho, pues lo suyo no era más que vagancia ya

que ninguna persona que hasta ayer hacía las cosas ordenadamente, se volvía tonto de un día para otro. A la noche, mientras le contaba acerca del progreso de su trabajo a su esposa, con la cual compartía toda su vida espiritual, sintió que la lengua se le acalambra, luego un cansancio, un agotamiento doloroso y extenuante; por cierto que la mujer no le comprendía, a pesar de que él sabía muy bien que no estaba diciendo nada mucho más complejo que lo que habían hablado miles de veces entre ellos. Sin embargo, ahora un abismo se había abierto entre sus almas, y temía que también otros valores de la comunión entre ambos, como el espiritual, acabarían siendo sepultados. Pues la unión más profunda entre las almas de dos personas bien puede crecer más allá de la comprensión de la inteligencia, pero la comunión del espíritu engendra la del corazón, al punto que no se la puede arrancar del conjunto sin que este se desangre. De ahí en adelante el hombre fue dejando de entenderse con sus amigos más lejanos, al igual que con los más próximos. Él, que siempre se había jactado de congeniar tanto con las personas superiores como inferiores en inteligencia, ya no podía tender un puente hacia ninguna de ellas. Unas desconfiaban de él, otras le tenían una

[1] Edición sobre la base de: *Imágenes momentáneas sub specie aeternitatis* (2007). Traducción de Ricardo Ibarlucía. Barcelona: Gedisa editorial, pp. 54-55.

confianza tan ciega que no sabía cómo librarse de ellas. Y con todo experimentaba el inquietante sentimiento de que él mismo no había cambiado nada: ¡no hallaba ningún consuelo en esa sabiduría más profunda, ni felicidad alguna en la más amplia comprensión espiritual de las cosas! Un día le quedó claro cómo el diablo había cumplido su palabra: lo había convertido en la persona más inteligente, ¡pero no haciéndolo más inteligente a él, sino haciendo más tontos a los demás!

—Muy bien —dijo el otro muy serio—. Ahora entiendo la hostilidad de ciertos partidos hacia la educa-

ción popular y la ilustración de las masas. A estos señores no les interesa en absoluto que los demás sean todos estúpidos, ¡Dios no lo permita! Solo ellos quieren ser inteligentes, lo cual es un deseo totalmente legítimo, pues resulta que la inteligencia y la estupidez son relativas, como me ha enseñado tu pequeña historia. Es absolutamente lo mismo sobrestimar que denigrar a los otros. De modo que es una vil calumnia llamarlos abogados de la estupidez; por el contrario, su proceder entero no es sino un homenaje al principio de la inteligencia...

Filología. Órgano de difusión estudiantil es un proyecto de la

*Red de Estudiantes
de Filología*

Únete a este y a otros proyectos de la REF



comunidadref@udea.edu.co